

La asociación de México con el Mercosur como paso fundamental para la unidad de las Américas

Miguel Hakim

Introducción

En el último decenio del siglo xx, la democracia avanzó en forma notable en América Latina y el Caribe. Prácticamente todos los países de la región se embarcaron en un resuelto esfuerzo para impulsar procesos políticos que permitieran la reanimación de las instituciones democráticas, la apertura de las economías y el cambio estructural de los sistemas productivos.

No obstante las importantes expectativas que generó este avance para la ampliación de la vida pública y el bienestar de los ciudadanos, el impulso democrático se concentró sobre el régimen electoral y, en alguna medida, en la gestión de gobierno así como en la afirmación de un sistema de alternancia pacífica. No se avanzó con la misma velocidad y consistencia en la reforma de las instituciones que, en un primer plano, establecieran los fundamentos del desarrollo y de la indispensable reforma del Estado que asegurara su modernización. La apertura, en cambio, se mantuvo como un mecanismo eficaz aunque insuficiente para la creación de condiciones que ayudaran a favorecer relaciones comerciales, a propiciar la inversión y a

reactivar las antiguas convergencias de las naciones latinoamericanas hacia la integración.

La ola democrática de la región coincidió, además, con las transformaciones del sistema internacional, derivadas de la ruptura del equilibrio bipolar. Este cambio de enormes proporciones ha significado, en realidad, una modificación de las estructuras de la sociedad internacional organizada, establecidas al término de la segunda guerra mundial. Los efectos de estas fracturas apenas empiezan a hacerse visibles y a mostrar grandes tendencias perturbadoras e inciertas. La distribución del poder mundial se está haciendo cada vez más compleja e influye en forma determinante no sólo en la configuración del perfil del sistema internacional sino, sobre todo, en la viabilidad de numerosas naciones cuya vulnerabilidad aumenta en la medida de su capacidad para insertarse en la arquitectura que está surgiendo.

La agenda de la seguridad domina estos escenarios y se ha venido imponiendo sobre los graves asuntos sociales que están asentados, de manera paradójica, en la insuficiencia del desarrollo, y que representan graves amenazas para la estabilidad del orden mundial y por ende de las regiones más rezagadas. Una primera conclusión de lo anterior es, precisamente, que la seguridad y el desarrollo son en verdad indisociables: es imposible imaginar un mundo seguro sin un piso mínimo de estabilidad y bienestar social. Un planeta inseguro es casi por definición un planeta en donde la equidad está ausente.

Precisamente, ello explica que en América Latina y el Caribe se dé la aparente contradicción de acuerdo con la cual mientras los procesos electorales se han consolidado, la región es la más desigual del orbe. ¿Qué ha fallado? ¿Por qué la democracia no ha dado respuestas a las necesidades del desarrollo?

En el mundo contemporáneo también la composición de los actores se ha transformado: la acción individual de los Estados

ya no es suficiente en la globalización. La formación de bloques y espacios económicos, políticos e incluso militares ha hecho cada vez más compleja la arena internacional. Las sociedades, las instituciones, los medios de comunicación, las organizaciones sociales y las empresas tienen un peso notable y una participación efectiva en los escenarios y en los foros donde se conforma la nueva agenda global.

Ello hace indispensable, sin la menor duda, que la región de América Latina y el Caribe promueva con mayor determinación y eficacia la integración, no sólo como un proceso económico sino también político. La unidad de estas naciones es un requisito fundamental para recuperar presencia en aquellos ámbitos de acción internacional en que ha ido perdiendo participación e importancia. Este espacio geográfico agrupa a una familia de naciones vinculadas por lazos históricos, políticos y sociales que configuran culturas afines y, en consecuencia, destinos compartidos. La confluencia y complementación de las economías son elementos que están en el propósito integrador, pero que difícilmente podrían ser su objetivo último. Justamente este enfoque de la integración como fin y no como medio ha impedido los avances que el proceso requiere.

Nuestra América nació a la vida independiente con una concepción de región que se fue diluyendo a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX. A ello se debe, por ejemplo, que las tesis integracionistas hayan prosperado en los años sesenta como un regreso al origen, al amparo de instituciones como la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), de Raúl Prebisch. Sin embargo, los propósitos de integrar la región ya eran parte del pensamiento de unidad que enarbolaron desde Bolívar a Morelos, desde Juárez a Martí. La tarea, de cualquier modo, es uno de los pendientes de mayor jerarquía que tiene esta área geográfica que ocupa casi toda América y en la cual conviven naciones de distinto grado de desarrollo, más de 530 millones

de habitantes, dos de las 15 economías más grandes del mundo, recursos naturales, agua y energéticos en abundancia, una biodiversidad colocada entre las más importantes del planeta y, en la parte cultural, una pluralidad que hace natural el diálogo e indispensables la cooperación y la tolerancia.

A pesar de lo anterior, la integración sigue siendo un propósito incumplido. Mientras América Latina participó activamente en la creación del orden internacional al concluir la segunda guerra mundial, las naciones europeas estaban divididas por los efectos de la lucha armada. La única región del mundo que actuó con sentido unitario fue precisamente la nuestra, que consiguió introducir algunos de los capítulos primordiales en la Carta de San Francisco, lo que dio nacimiento a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en 1945, no sólo en términos de seguridad colectiva sino de impulso al desarrollo.

Europa, disgregada entonces, hoy es la mayor región integrada, además de punto obligado de referencia. Ahora, nadie discutiría el alcance y los beneficios de esa unidad. Sin embargo, en este lado del Atlántico aún se debate la integración de nuestros países como si se tratara de un esfuerzo irrealizable, una utopía conveniente para el discurso y la retórica, pero poco práctica y, en el fondo, innecesaria. Mayúsculo error, ya que la unión permite enriquecer las fortalezas y reducir la vulnerabilidad y las debilidades de las naciones latinoamericanas, en particular aquéllas relacionadas con los rezagos económicos y sociales, así como con los sectores de los sistemas productivos que necesitan un mayor impulso en términos de competitividad, como la formación de capital humano, la cooperación y el fortalecimiento de la inversión en ciencia, tecnología e innovación. No se trata de elegir entre el modelo europeo o el de América del Norte, sino de complementar experiencias para generar una concepción propia, que permita incorporar un componente

de bloques abiertos en los procesos más amplios de la globalidad.

En este contexto, la decisión del gobierno de México de buscar la asociación con el Mercado Común del Sur (Mercosur) es un paso importante para impulsar la integración desde una perspectiva subregional, entre el conjunto más dinámico y de mayor potencial en América Latina y el Caribe.

Al igual que los europeos no cuestionan su raíz de origen para impulsar la integración, los latinoamericanos tampoco deben hacerlo con respecto a su identidad comunitaria y a su pertenencia a un tronco colectivo. México ha sido un persistente promotor de la unidad regional no sólo porque *es* una nación latinoamericana sino por las razones estratégicas derivadas de su ubicación en el continente. Nuestro país tiene que mantener equilibrios entre la historia, que lo vincula al sur, y la geografía, que lo enlaza con el norte; o, si se prefiere, entre la promoción de la unidad política con sus hermanos indígenas y mestizos, y la articulación de intereses económicos con sus vecinos del otro lado del río Bravo.

No se piense, sin embargo, que la división entre la economía con el norte y la política con el sur es tajante e infranqueable. Lo cierto es que ambas esferas se mezclan y ello exige una política exterior atenta, lúcida, equilibrada y previsoras. Una constante de esa proyección internacional de México es la prioridad que atribuye al diálogo con los países de América Latina y el Caribe y, en este contexto, a la asociación con el Mercosur.

En el presente texto se intenta hacer una somera revisión del proceso de unidad latinoamericana, así como de algunos mecanismos que se han puesto en marcha para promover la integración. En seguida, se hará un repaso de la política exterior del gobierno del presidente Vicente Fox en relación con el Mercosur y con cada uno de sus miembros plenos, para terminar con algunas consideraciones acerca de las perspectivas y

oportunidades que se abrirán a México a partir de su incorporación a este bloque regional.

Unidad en la diversidad de América Latina y el Caribe

La voluntad de fortalecer la integración de América Latina y el Caribe tiene un importante antecedente en los años de reconstrucción de las estructuras productivas destruidas por la segunda guerra mundial en buena parte del mundo. De modo especial, en el decenio de los cincuenta Europa recibió cuantiosas inversiones, derivadas, entre otras fuentes, del Plan Marshall, e inició uno de los procesos de integración que acabaría por ser referencia inevitable de iniciativas semejantes en otras partes del mundo.

En América Latina y el Caribe se recogió, al lado de esas experiencias, la trayectoria del panamericanismo y la creación de instituciones que buscaban convertir el sistema interamericano en la plataforma para la integración de las naciones con origen común, que no habían tenido un espacio regional propio porque la inclusión de Estados Unidos y Canadá se consideró esencial para la concertación de intereses hemisféricos, más aún por las necesidades de la guerra.

El impulso integrador se dio, sobre todo, como una necesidad de inyectar fortaleza a las economías de la región; de ahí que el esfuerzo se concentrara en el marco multilateral, tanto en la ONU a través de la CEPAL como en la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) por el Tratado de Montevideo de 1960. Sin embargo, debido en parte a las políticas de los gobiernos para proteger su industrialización, mediante la sustitución de importaciones, y también a la instauración de dictaduras militares, la integración encontró serios obstáculos.

A pesar de que la ALALC debió transformar su vocación de libre comercio a la de un proyecto más ambicioso de integración, el impulso más eficiente apareció en los años noventa, debido al retorno de la democracia a la región, que produjo un renovado estímulo al diálogo político. Esta dinámica se ha sustentado en el interés de los gobiernos, particularmente en el cono sur, de superar viejas rivalidades “hegemónicas” y consolidar los procesos democráticos. Como resultado, se han adoptado importantes medidas de confianza mutua que han permitido reorientar el gasto militar e incluso realizar operaciones conjuntas para fortalecer, en el marco de la ONU, la paz y la seguridad internacionales. Un ejemplo notable es la fuerza de Naciones Unidas para Haití, encabezada por Brasil y Chile, en la cual participan contingentes de varios países latinoamericanos.

En el ámbito económico, la integración regional se ha encaminado a fortalecer el comercio y la inversión mediante políticas de liberalización para crear mercados más amplios. Aunque las iniciativas son numerosas, se han dado principalmente a través de dos vías: por un lado, las uniones aduaneras, que fijan un arancel externo común como el Mercosur y, por el otro, los acuerdos de libre comercio. Si bien ambas vías son distintas, lo cierto es que no son excluyentes. Lejos de anular la integración, la diversidad de intereses la enriquece y fortalece.

Sin embargo, cuando México suscribió el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá (TLCAN) se señaló que el país había dado la espalda a América Latina y que, en consecuencia, su proyección hacia la región sufriría cambios importantes. El analista brasileño Celso Lafer, quien fue canciller del presidente Fernando Henrique Cardoso en su segundo periodo de gobierno, afirmó que el área había quedado dividida en dos zonas geopolíticas. Al respecto señalaba:

en el cambio de siglo, la economía de la geografía recomienda un nuevo enfoque para el concepto de América Latina. De hecho, hay que tener en cuenta que México, debido a su participación en el TLCAN, y América Central y el Caribe, en virtud de la acción centrípeta de la economía norteamericana, vieron aumentar su grado de interdependencia con el norte de manera aún más significativa en los últimos años. Por ese motivo, el futuro de esa parte de América Latina está cada vez más vinculado a lo que ocurre en Estados Unidos. América del Sur, en contraste, tiene relaciones regionales e internacionales más diversificadas, tanto en el plano económico como en el político. Éste es un dato de la realidad contemporánea que le otorga una especificidad propia en el contexto de América Latina, del cual cabe extraer las consecuencias apropiadas en materia de política exterior.¹

Lafer agregaba que “el gobierno del presidente Cardoso, consciente del papel que le corresponde desempeñar a Brasil para asegurar la paz y el desarrollo de la América del Sur, lanzó su iniciativa de convocar a la [primera] Reunión de Presidentes de América del Sur”. Ésta se realizó en Brasilia, del 30 de agosto al 1 de septiembre de 2000.²

Lo cierto es que las acciones hacia la integración desmienten esa concepción. La geografía no ha fracturado a América Latina. Por el contrario, las subregiones le han dado un impulso fortalecido. México mantiene importantes vinculaciones con las naciones centroamericanas a través del Mecanismo de Tuxtla, establecido en 1990, complementado y enriquecido por el Plan Puebla-Panamá. Esta iniciativa fue formulada por el presidente Fox al inicio de su mandato. Por su parte, en el sur de la región existe un importante diálogo político, lo mismo en

¹ Celso Lafer, *La identidad internacional de Brasil*, Chile, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 67 y 68.

² *Ibid.*, p. 69.

las cumbres del Mercosur, al cual se han vinculado como Miembros Asociados Bolivia, Chile, Perú y, próximamente, Venezuela y México, que en iniciativas como la de Infraestructura para la Integración de la Región Sudamericana, cuyo propósito es convergente con el Plan Puebla-Panamá en el sentido de impulsar la integración física para el desarrollo, sin lo cual la unión de nuestros pueblos no pasará del papel.

En ese contexto también destaca la Cumbre Sudamericana de Naciones, foro al que hacía referencia Lafer, que celebrará en diciembre de 2004 su tercera reunión, en Cusco, Perú, con la probable participación, por cierto, del presidente Fox, si así lo autoriza el Congreso.

México ha emprendido una vigorosa dinámica para estimular la integración y la unidad política. Entró al Sistema de la Integración Centroamericana como observador, lo que le permite incorporarse a los trabajos de este mecanismo de concertación de intereses en una región donde su presencia es fundamental. Asimismo ha sido aceptado como observador en la Comunidad Andina de Naciones (CAN), en lo que representa un fuerte impulso de ese bloque hacia una idea regional de mayor amplitud y convergencia política. En diciembre de 2004, en la ciudadela de Machu Picchu, se reunirá el Consejo Presidencial Andino, órgano superior de la CAN, con la participación especial del presidente de México.

Como se ve, es ficticia la división de nuestro destino ya que, desde su diversidad y gracias a ella, el propósito de unión no sólo es posible sino necesario como un imperativo político, moral y práctico. Sin la unidad fincada en la naturaleza plural de los pueblos, la integración sería un ejercicio de homogeneidad artificioso e irreal. La diversidad es riqueza. Nuestra cultura ha derivado su fuerza de la capacidad para el diálogo y el acercamiento al otro mediante el conocimiento y el intercambio. Una cultura incomunicada se invalida: pierde importancia

y razón de ser. De esa rica potencialidad es posible extraer la voluntad política para construir una comunidad de naciones integradas en el desarrollo y unidas en lo político, en la equidad, al igual que en una cultura de paz, seguridad y cooperación. La integración fluye a través de múltiples cauces que tienden hacia uno solo, que abarca a la región y en el que cada país puede incorporarse con velocidad distinta, según sus realidades, como en la Unión Europea. México concibe la integración económica y la unidad de América Latina y el Caribe no sólo como la realización de tareas inconclusas de los fundadores de nuestras naciones sino como una determinación de alto valor estratégico, cuyo fin es equilibrar el contrapeso que representa la relación con Estados Unidos tanto en el ámbito directo de la vecindad como en su impacto regional y mundial.

Las relaciones de México con el Mercosur

Hacia el fin de 2000, México había suscrito tratados de libre comercio con cinco de los siete países centroamericanos y con casi la mitad de los sudamericanos.³ Su acercamiento al Mercosur había sido menor en términos de integración. Por ello, una prioridad de la política exterior del presidente Vicente Fox ha sido favorecer la vinculación con ese foro regional, así como con cada uno de sus miembros plenos.

En julio de 2002 se dio un paso decisivo al participar, por primera vez, en una cumbre del bloque ampliado, es decir, con

³ Previo a diciembre de 2000, México había suscrito tratados de Libre Comercio con Costa Rica, Nicaragua y con los países del Triángulo del Norte (Guatemala, El Salvador y Honduras), en América Central. Asimismo, con América del Sur se habían suscrito tratados con Chile, Bolivia, Colombia y Venezuela. Estos dos últimos en el marco del Grupo de los Tres. Sólo hasta el 14 de noviembre de 2003 se firmó el Tratado con Uruguay, lo que abrió el esquema de participación de México con el Mercado Común del Sur.

Bolivia y Chile. En esa oportunidad, se suscribió el Acuerdo de Complementación Económica Mercosur-México, que establece el compromiso de crear un área de libre comercio entre nuestro país y ese bloque. También se firmó el Acuerdo de Complementación Económica Mercosur-México Sector Automotor, que fijó cuotas para la importación de vehículos en los países signatarios, libres del cobro de impuestos, y la liberación del comercio en este sector a partir de 2006. El Acuerdo de Complementación Económica respeta los instrumentos firmados con cada uno de los miembros del bloque y faculta a las partes para que realicen negociaciones a fin de llegar al libre comercio de manera bilateral o para negociar un tratado conjunto entre México y el bloque.

Recientemente se produjo otro paso determinante en el marco de la XXVI Cumbre del Mercosur, en Puerto Iguazú, Argentina, en julio de 2004, en la que el presidente Fox, en calidad de invitado especial, presentó la solicitud de adhesión de México al foro y expresó que, más que un bloque comercial, el mismo representa el germen de la nueva integración latinoamericana. Los mandatarios del mecanismo acordaron favorablemente su ingreso inmediato como observador. Su admisión formal como Miembro Asociado tendrá vigencia una vez que se suscriba un tratado de libre comercio entre ambas partes. México ha recorrido la mayor parte del camino, tanto por lo que se refiere al diálogo político establecido con los miembros del bloque como por los acuerdos suscritos con ellos, orientados a la liberación progresiva de intercambios económicos y comerciales.

*México como puente de recursos entre
el norte y el sur del continente*

La inserción del país en estos espacios es fundamental para impulsar la integración. Por su posición estratégica, México ha desempeñado un papel de extraordinario valor como correa de

transmisión no sólo para contribuir a la preservación de la identidad de las naciones latinoamericanas sino, de modo destacado, para asegurar el flujo de recursos entre el norte y el sur del continente.

Si se examina el valor de los intercambios con la región se advertirá, como se apunta en el Cuadro 1, que en el año 2003 en México se registró un déficit comercial de 5 603 millones de dólares (MDD).

Cuadro 1

Comercio de México con América Latina y el Caribe (2003) (Millones de dólares)

País	Exportaciones	Importaciones	Comercio total	Balanza comercial
Subtotal AL y C	247 999	211 416	459 415	36 583 ¹
México	165 355	170 958	336 313	-5 603
Total AL y C	413 354	382 374	795 728	30 980
% de AL y C	2.90	4.44	3.68	49.88 ²

Datos para América Latina y el Caribe: CEPAL. Exportaciones e Importaciones FOB y servicios. Estimados.

Datos para México: Secretaría de Economía. CEPAL estima en 177.9 billones de dólares (BDD) las exportaciones y en 187.3 BDD las importaciones.

¹ La cifra corresponde a 33 países, incluyendo a Cuba.

² El porcentaje se refiere al total del comercio de México en América Latina.

De esa cifra, 4 235 MDD correspondieron a América del Sur mientras que el resto, 1 368 MDD, se distribuyó entre Centroamérica y el Caribe. Lo anterior significa que México canalizó a los países del área importantes cantidades, cubiertas con el superávit de su comercio con Estados Unidos. Ese mismo año, el valor del comer-

cio internacional de América Latina y el Caribe llegó a 795 728 MDD, de los cuales 336 313 MDD correspondieron a México y 459 415 MDD al resto de los países del área. Como se puede apreciar, el peso del país es fundamental en la región. En efecto, el comercio con Estados Unidos, como muestra el Cuadro 2, registró en ese mismo 2003 un superávit de 41 116.8 MDD. Este monto permitió cubrir el déficit antes mencionado con el área, lo que representa una valiosa transferencia de recursos de México hacia la región.

Cuadro 2

Comercio de México con los Estados Unidos de América (2003)

(Millones de dólares)

País	Exportaciones	Importaciones	Comercio total	Balanza comercial
México con Estados Unidos	146 802.7	105 685.9	252 488.6	41 116.8
% del Total	88.8	61.8	75.1	na

na: no acreditada.

En materia de inversión, la presencia del país es asimismo de gran importancia. Según se observa en el Cuadro 3, los recursos alcanzaron la cifra acumulada de 44 288.6 MDD, de los cuales 12 396 MDD (26.2%) se dirigieron a Canadá y Estados Unidos, mientras que 22 155.1 MDD (50%) a América Latina y el Caribe. Es conveniente destacar, además, que los empresarios mexicanos privilegian la región al colocar recursos, ya que a

América del Sur dedicaron 17 220.6 MDD, que equivale a 38.9% del total en el mundo.

Cuadro 3

Inversión de México en el mundo (Millones de dólares)

País	Monto	% ^a	Periodo
América del Norte^b	12396.0	28.0	1994-2003
Estados Unidos	11612.0	26.2	
Canadá	784.0	1.8	
América Latina y el Caribe	22151.1	50.0	A septiembre de 2004
América del Sur	17220.6	38.9	
Brasil	5991.7	13.5	
Venezuela	3286.0	7.4	
Perú	2050.2	4.6	
Colombia	1972.5	4.5	
Argentina	1871.4	4.2	
Chile	1122.1	2.5	
Ecuador	800.0	1.8	
Uruguay	78.9	0.2	
Bolivia	37.8	0.1	
Paraguay	10.0	0.0	
Centroamérica	3830.8	8.6	
Guatemala	1800.0	4.1	
Panamá	1200.0	2.7	
Costa Rica	343.0	0.8	
Nicaragua	181.7	0.4	
El Salvador	156.1	0.4	
Honduras	150.0	0.3	
Caribe	1103.7	2.5	
Cuba	730.0	1.6	
Rep. Dominicana	350.0	0.8	

Trinidad y Tobago	20.0	0.0	
Jamaica	3.4	0.0	
Belice	0.3	0.0	
Europa^c y^d	8 008.1	18.1	
Unión Europea	7 777.3	17.6	
AELC y resto de Europa	230.8	0.5	
Asia-Pacífico, África^e	1 729.5	3.9	
Total		44 288.6	100.0

Fuente: Departamento de Comercio de Estados Unidos. Estadísticas de Canadá e información proporcionada por las embajadas de México.

^a Porcentaje de participación en la inversión total de México en el mundo.

^b Las cifras de Estados Unidos son de flujos de capital de inversión extranjera directa (IED). Para Canadá es el stock de IED.

^c El gobierno de Polonia no registra inversiones menores a un MDD por lo que se desconoce el monto exacto de la inversión mexicana en ese país.

^d El 27 de septiembre de 2004, Cementos Mexicanos (Cemex) anunció un acuerdo para la adquisición de la cementera británica RMO. El monto incluye la deuda del corporativo y se estima cerrar la operación hacia fines de 2004. La adquisición está sujeta a las condiciones impuestas por la legislación de adquisiciones británica, a la aprobación de las autoridades y a que 75% de los accionistas emitan su voto.

^e Cemex adquirió la cementera egipcia Assiut (se desconoce el monto). Cabe señalar que Assiut no cambió su razón social por lo que, conforme a la Ley de Inversión de Egipto, no se constituyó ninguna sociedad con participación de accionistas mexicanos en ese país.

Relaciones con la República Argentina

Una de las prioridades de México en Sudamérica es fortalecer los vínculos con Argentina, mediante el fomento y la apertura de nuevas vertientes de cooperación. A partir de la identificación de intereses comunes y afinidades en la agenda regional e internacional, los vínculos se han consolidado gracias a los con-

tactos frecuentes al más alto nivel. El presidente Fox realizó una visita de Estado a Argentina el 4 de julio de 2002, que permitió instaurar nuevos esquemas de cooperación y expresar el respaldo del país ante la crisis de esa nación.

En el marco del Acuerdo México-Mercosur para el sector automotor, nuestro país acordó con Argentina cupos recíprocos para la importación libre de impuestos de hasta 50 000 vehículos a partir de 2003, y el libre comercio a partir de 2006. En noviembre de 2003 ambos gobiernos iniciaron la ampliación del Acuerdo de Complementación Económica. Argentina presentó una propuesta que se sometió a consulta del sector empresarial mexicano. En contrapartida, se elaboró una lista de productos de interés para México. De esta manera se establecieron las bases para programar negociaciones aunque, debido al ingreso al Mercosur, lo más conveniente será orientarlas a suscribir el Tratado de Libre Comercio.

Los presidentes Vicente Fox y Néstor Kirchner han sostenido tres encuentros, en los cuales han destacado la prioridad de la relación y la necesidad de proyectar las convergencias políticas en los diversos foros, así como de impulsar, unidos, la integración regional y la unidad política.

Relaciones con la República Federativa de Brasil

Brasil es, sin la menor duda, estratégico para México. A pesar de esa realidad y de que es nuestro primer socio regional, hasta el año 2000 no teníamos ningún convenio económico integral ni un mecanismo de diálogo sistemático al más alto nivel político. El primer paso para acercarnos se dio en julio de 2002, con la visita de Estado del presidente Fox a ese país. En tal ocasión se firmó un Acuerdo de Complementación Económica para reducir aranceles a más de 800 productos en áreas básicas para las dos economías.

En el sector automotor se acordaron cupos recíprocos para la importación libre de impuestos de 165 000 vehículos en 2003, 185 000 en 2004 y 210 000 en 2005, así como el libre comercio en este rubro a partir de 2006.

México recibió en dos ocasiones la visita del presidente Luiz Inácio Lula da Silva. En ambas oportunidades se subrayó la importancia de activar, regularmente, el mecanismo de consultas políticas de alto nivel para concertar posiciones en los foros, estrechar la cooperación en materia tecnológica e identificar nuevos espacios de colaboración política y económica. En la segunda visita se firmó un acuerdo para evitar la doble tributación.

En julio de 2004, el presidente Fox realizó una visita de trabajo a Brasil, en la cual se estableció una Comisión Binacional. Los dos mandatarios resolvieron fortalecer la cooperación técnica, científica y tecnológica en áreas como las coinversiones entre Petróleos Mexicanos y Petróleo Brasileiro a fin de aprovechar tecnologías avanzadas en la exploración petrolífera en aguas profundas, como en el Golfo de México.

Asimismo, los dos presidentes acordaron evaluar el establecimiento en México de una planta de la Empresa Brasileira de Aeronáutica, de fabricación de aviones.

Relaciones con la República de Paraguay

Como lógica secuencia de nuestra prioridad hacia el Mercosur, se imprimió una nueva dinámica a las relaciones con Paraguay, caracterizada por contactos al más alto nivel político, lo que ha favorecido el entendimiento. En 2003 los presidentes Vicente Fox y Nicanor Duarte se reunieron en dos ocasiones y, con el propósito de intensificar la cooperación y el diálogo político, el presidente de México realizó una visita de Estado el 9 de julio de 2004. Ahí reiteró el compromiso de trabajar para equilibrar las

asimetrías en el desarrollo de los países del área. La cooperación fue el centro de atención de esa visita. El presidente Fox formalizó la entrega de 107 becas para que estudiantes paraguayos cursen licenciatura o posgrado en instituciones mexicanas, así como la continuación de negociaciones del Acuerdo para la Promoción y Protección Recíproca de las Inversiones.

Relaciones con la República Oriental del Uruguay

México y Uruguay mantienen un excelente diálogo político, que se ha traducido en acciones concretas para fortalecer la vinculación económica y política, en especial por la situación estratégica de esa nación. Los presidentes Vicente Fox y Jorge Batlle mantienen una comunicación política constante. Se encontraron en Monterrey el 21 de marzo de 2002, en Montevideo el 5 de julio de 2002 y en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, el 14 de noviembre de 2003, en ocasión de la firma del Tratado de Libre Comercio entre ambos países. Uruguay ve en México una alternativa importante para diversificar su comercio. El Tratado constituye el primer instrumento de esta naturaleza que México suscribe con un miembro pleno del Mercosur.

Perspectiva

La principal tarea del acercamiento al Mercosur es cumplir “la hoja de ruta” para ingresar como Miembro Asociado, es decir, llegar a la firma de un tratado de libre comercio. Esto tomará tiempo, tanto por la complejidad de asuntos que deberán abordarse como por los consensos que las partes deberán recabar con sus respectivos actores económicos. No obstante, se ha producido un notorio avance en la liberación de intercambios con los países del bloque, entre los que destaca el sector automotor.

No partimos de cero. Para México será indispensable la coordinación entre la Secretaría de Economía y la Cancillería, tal como ocurrió con el Tratado de Libre Comercio con Uruguay.

Por cuanto hace a los actores económicos, hay cierta reticencia de empresarios, debido a que Argentina y Brasil tienen una producción industrial y agrícola muy competitiva. Es muy probable que este tratado produzca, en el corto plazo, un incremento de nuestras importaciones y un déficit superior al actual. Pero, aun con este factor, nuestros productos podrían tener mejores oportunidades, a mediano plazo, en especial en el sector químico. Es necesario aprovechar la posibilidad que este acuerdo ofrece para fortalecer el intercambio económico con nuestros mayores socios regionales. Un desafío común está en fomentar alianzas estratégicas, tanto para fortalecer la planta productiva como para acrecentar las exportaciones de la región al mercado mundial, lo cual creará empleo y favorecerá la solidez de la integración económica.

El gran propósito de México está en el Foro de Consulta y Concertación Política, cuyo objetivo es afianzar la dimensión política de la integración y coordinar la agenda en torno a asuntos de interés común. Nuestra adhesión permitirá la incorporación a los trabajos del Foro, que se distribuyen en las reuniones de Ministros de Educación, de Justicia, de Cultura, del Interior, de Desarrollo Social, y en las reuniones especializadas de la Mujer, de Combate y Prevención del Uso de Drogas, así como de municipios e intendencias. Nuestra vinculación implica responsabilidad en la creación de una comunidad de países asentada en nuevos cimientos de identidad cultural, económica y política.

Después de la suscripción del Tratado de Libre Comercio con la CAN, en abril de 2004, prácticamente toda América del Sur está en el bloque. El ingreso de México le dará un cambio radical y un carácter en verdad regional. La integración ganará

un importante impulso, enriquecido por la convergencia de las iniciativas de cooperación en materia de infraestructura y, por supuesto, mediante el diálogo político que complementa y refuerza al existente en el Grupo de Río.

Conclusión

América Latina y el Caribe forman un conglomerado de naciones diversas que cuentan con raíces históricas y culturales comunes, y que enfrentan problemas similares. Aunque cada país busca una solución a sus problemas, de conformidad con sus peculiaridades y potencialidades, sólo a través de la integración económica y de la unidad política se podrán conjugar los esfuerzos para alcanzar, de manera conjunta, una nueva identidad colectiva en la región. Hay que sumar fortalezas y erradicar la debilidad individual.

Aunque existe una clara conciencia de la necesidad de la integración, la gran cuestión que habrá que resolver es el método para asegurar que el proceso sea asequible y avance en forma concreta y previsible. Para ello, son imperativos la voluntad política y el compromiso de los países, más aún si las instituciones de la democracia y la gobernabilidad en la región viven serios cuestionamientos por su falta de respuestas al desarrollo y, en particular, por la fatiga de los ciudadanos y su desconfianza hacia el desempeño de las clases políticas.

Se ha avanzado en la convergencia política. A pesar de ello, si no se profundizan estos esfuerzos nuestras naciones quedarán, una vez más, a medio camino del trayecto integracionista y darán vía libre a los viejos resquemores y conflictos surgidos de la incomunicación política y la precariedad del desarrollo. México ha tomado la decisión de asociarse al Mercosur porque es un firme partidario de la integración y porque considera que

su aportación es indispensable para consolidar el bienestar de nuestras naciones.

Compartimos la certeza de que la concertación política permitirá que la región participe con mayor peso en la definición del orden internacional que influye sobre sus perspectivas de desarrollo. Sólo en la unidad las naciones latinoamericanas podrán asegurar una mejor inserción en el complejo mundo contemporáneo.

